

¡QUÉ SÉ YO...!



"Un lugar del Océano. 17 de Abril

En este barco hace mucho frío. Llevamos viajando más de cinco días y no tenemos ni baño... inada!. Estuvimos cinco días esperando en puerto una mejora del tiempo pero el que gobierna el barco tenía mucha prisa. Salimos con mal tiempo, pero, por lo menos, no era el temporal de la última semana. Aun así nos llueve. Todos vamos apiñados en la parte trasera del barco, a la intemperie, soportando un frío que ya es un inquilino más de nuestro cuerpo. Y parece que no tiene prisa por marchar. Esta luna y este sol que nos acompañan no es como el de nuestra tierra. Todo es diferente aquí, en el mar, sin tierra, sin nada... y da miedo.

Pero lo que más miedo da es no saber si donde vamos estaremos mejor que en el único sitio donde nos hemos sentido seguros. La situación impedía quedarse allí. Mis ocho hermanos pasan hambre. Ya hay hasta una tercera generación, y no había sitio para todos. El ser menor que los demás también fue un pequeño empujoncito. Allí sólo era un estorbo... para todos.

Había que salir de la miseria, buscar comida, un trabajo, una familia...

Sobre el cielo negro, dibujada en las nubes, veo la figura de mi bella madre besándome en el puerto. Sé que aún está allí, mirando al mar, mandándome su fuerza y su amor... y lo necesito. Ella sí me echará en falta.

¡Juro que un día volveré a abrazarte, madre!..."

Ese es el único recuerdo que queda de aquel diecisiete de Abril, de hace ya más de cuarenta años. Día tras día, escondido en la roca que hay bajo el bancal donde trabajo para el Señor Gutierrez, lo leo y releo la nota que escribí mientras como la hogaza de pan y el trozo de tocino fresco.

Es la única manera que tengo de recordar aquel día, intentando no olvidar a quienes allí dejé y a quienes tanto añoro.

No me llames inmigrante. Yo más bien me siento como un esclavo. ¿De qué?... esclavo de un recuerdo en el que llevo muerto toda una vida.

Mi tortura - o tormento - se hace mayor cada vez que mis ojos se adentran en mi alma y recrean escenas vividas tiempo ha y que nunca regresarán. Día a día las he ido guardando, jugando con ellas para no dejarlas caer en el pozo del olvido, reviviendo momentos junto a un padre que apenas recuerdo y que trabajaba día y noche, una madre de la que solo recuerdo su voz y su mirada, y unos hermanos con los que jugué muy poco. ¿Son recuerdos o solo imaginaciones?... sus caras están tan lejos... Pero es esa mirada de mi augusta madre la que me permite descansar y la que acompaña mis sueños... porque si al olvido entregué algo fueron mis ojos, que no mi mente.

Y es que todo eso que recuerdo, día tras día, noche tras noche, es algo que ya he dejado que adquiera la categoría de pasado perdido... de pasado que jamás volverá.

Mi mujer me dijo que olvidara... que siguiera adelante.

Y...¿cómo enterrar episodios tan cortos pero tan completos de una vida que me robaron?.

Llevo 50 años ya en Venezuela, habitando en un páramo sombrío por donde ni siquiera el sol es capaz de adentrarse. Me alejé de esa tierra andaluza donde siempre brillaba y quemaba el sol, de ese cortijo polvoriento, rodeado de chumberas e higueras, donde vivíamos más de diez personas. Sí, huí como un cobarde. Como un valiente... ¡Qué sé yo!

Yo vine buscando una mejora, y creo que estoy peor que estaba cuando me alejé de la mamá, esa mujer de traje negro, pelo blanco y embriagadoras caricias saladas.

No estoy seguro de estar peor que estaba. De lo que sí estoy seguro es de estar peor que los que se quedaron. Y eso duele.

Soy esclavo de una familia que añoro, de un padre que no vi morir - ni vivir- y de una madre que aún vive y que sueño con ver antes de que se aleje definitivamente.

Pero soy también esclavo de una familia que hice aquí, de una mujer emigrante como yo, pero - para su suerte - sin pasado, sin añoranzas, y de unos hijos que están tan asustados como yo lo estuve.

Quieren volar, pero no se atreven...

Y es cuando hablo de España, de mi Andalucía, cuando veo reproches en sus miradas. No son capaces de comprender que la España que ven ahora en la tele no es esa de la que yo huí. Aun así me culpan de haberlos hecho nacer allí, rodeados de pobreza.

¡Yo jamás reproché nada! y duele... duele mucho.

Aun así no se atreven a volar del nido. Son también esclavos de la vida que les impuse al nacer. Aunque pobre esta es su tierra.

Estos son los únicos olores que conocen, los aromas que han respirado, las gentes con las que han crecido, e incluso las mujeres y hombres de los que ya se han enamorado...

A lo mejor es hora de ayudarles a volar, como hicieron conmigo. A lo mejor se van y esto cambia, y se arrepienten. ¡Qué sé yo...!

